vivo interes en el ánimo de nuestros lectores hácia una doctrina en cuyo conocimiento bien aprovechado consiste nada ménos que toda nuestra perfeccion y felicidad. Con tal objeto harémos preceder á nuestra exposicion de los dogmas católicos dos disertaciones; una sobre la doctrina cristiana considerada en sus excelencias propias, en la necesidad de saberla, y en la obligacion de enseñarla; y otra sobre la fe, la esperanza y la caridad, consideradas en sí mismas y en sus relaciones con la verdad absoluta, el poder moral y el bien infinito.

Tal es el objeto de este libro, con el cual hemos querido suplir de algun modo la predicacion simultánea, que á ninguno es posible cuando tiene á su cargo, en calidad de obispo, un considerable número de parroquias. ¡Ojalá nuestro empeño en tan piadosa tarea surta sus efectos! A los ministros del Santuario nos toca por deber esparcir la palabra evangélica en el campo que debemos cultivar; pero solo Dios es quien da el incremento y hace fructificar esta preciosa semilla.

PRELIMINARES.

DISERTACION PRIMERA:

SOBRE LA

DOCTRINA CRISTIANA

CONSIDERADA EN SI MISMA,

EN LA NECESIDAD DE SABERLA

Y EN LA OBLIGACION DE ENSEÑARLA.

INTRODUCCION.

LA verdad y el bien han figurado en todos tiempos como las dos primeras, las dos mas grandes é imperiosas necesidades del hombre. No hai una sola época de la historia donde no veamos desarrollarse mas ó ménos la inteligencia humana para conquistar la primera, y la voluntad para conquistar el segundo. Ni podria ser de otra suerte, porque la misma naturaleza del hombre le estimula de continuo, siendo claro que el entendimiento y la voluntad, gran resúmen del espíritu en el sistema de sus facultades, serian potencias sin accion, facultades sin objeto, si no tendiesen constantemente al conocimiento de la verdad y á la consecucion del bien. Pero la marcha de la inteligencia y el movimiento de la voluntad han seguido diversos caminos, ya por la falta de luz, ya por el influjo de las pasiones, y todo en consecuencia del pecado. Esto explica perfectamente los errores y los vicios de que está llena la historia del género humano, y funda la necesidad de una luz para la inteligencia y de una regla infalible para el corazon. Mas esta luz y esta fuerza, figurando como un socorro indispensable para el hombre ciego y débil, no podian por cierto salir del hombre mismo: debian bajar de los cielos, porque solo el Autor de la naturaleza pura podia ser el reparador de la naturaleza caida.

He aquí porqué ántes de la venida de Jesucristo el mundo todo, si exceptuamos aquella corta porcion que se llamaba pueblo judío, y era el depositario de las promesas, de las profecías y de la lei, estaba sumergido en las mas espesas tinieblas, sin que sus sabios ni sus filósofos hubieran podido llegar jamas á conocer, ni ménos á propagar, la verdad absoluta, la verdad universal, la verdad eterna. Todo en aque-

llos pueblos era sombras para el entendimiento, tropiezos para la voluntad, extravíos para la conducta. Pronunciaban el nombre de Dios, sentian la necesidad de reconocerle como la primera de todas las causas; pero, no atinando con su esencia, se le representaron á su modo, le multiplicaron, le adoraron en la materia y hasta en los objetos mas inmundos: buscaban la moral, porque tenian el instinto de la regla; pero sus máximas andaban de ordinario por esas diferentes curvas que las pasiones trazan al entendimiento cuando no están enfrenadas por un poder divino. Los conocimientos y las costumbres seguian pues una marcha tenebrosa y tortuosa, y los pueblos, faltos de luz y de espíritu, presentaban aquel último carácter de degradacion funestísima tan enérgicamente pintada por el Profeta cuando presenta el mundo de entónces profundamente sumergido en las tinieblas y sentado á las sombras de la muerte.

Mas Jesucristo aparece entre los hombres como el restaurador divino del género humano: muéstrase bajo el doble carácter de Salvador y Maestro de los hombres. Tomó para esto nuestra propia naturaleza, siendo cierto, como todos lo sabemos desde nuestra infancia, que Dios se hizo hombre, primero para poder morir por nosotros y rescatarnos con su sangre de la mortal esclavitud del pecado; segundo, para enseñarnos con su doctrina y con su ejemplo el camino del cielo. En calidad de maestro disipó las espesas tinieblas que cubrian el mundo con la predicacion de una doctrina bajada de los cielos. Esta doctrina fué ya desde entónces la condicion de la ciencia, la condicion de la lei, la condicion de la moral, la condicion de la felicidad: esta doctrina es toda verdad para la inteligencia, es toda poder para la voluntad, es toda regla para el albedrío, es toda bien para el género humano. Sin esta doctrina el entendimiento vuelve al caos de la ignorancia, al antiguo laberinto de los errores; la voluntad torna de nuevo á colocarse bajo el influjo de las pasiones indómitas, la libertad á ser el agente continuo de los vicios, y el hombre todo el domicilio del mal.

He aquí porqué desde el principio del cristianismo se ha inculcado esta doctrina santa con una incansable solicitud, se ha predicado á los pueblos y ha sido constante y esmeradamente cultivada por los talentos de primer órden. Esta doctrina ha creado todas las ciencias concernientes al conocimiento y á la direccion del hombre: las ciencias metafísicas, que explican la naturaleza espiritual; las ciencias teológicas, que enseñan lo que es Dios y el hombre y cuáles son las relaciones que entre ámbos médian; las ciencias morales,

que tratan de nuestro principio, de nuestro último fin y de los medios indispensables para caminar sin extravío ni tropiezo del uno al otro; las ciencias sociales, que, subordinando á la eternidad la marcha del tiempo, han reglado sobre la pauta sublime del Evangelio ese cúmulo diverso de relaciones públicas de los pueblos con los gobiernos, de los Estados con los Estados, del mundo político con el mundo religioso.

Es, por lo mismo, de un general interes la propagacion de esta doctrina, y por esto Jesucristo mandó á sus apóstoles predicar el Evangelio á todas las naciones: es de un interes permanente, y por esto quiso establecer en la tierra un magisterio dogmático á cuyo cargo estuviese la conservacion, fueros, distribucion continua y defensa constante de la verdad católica: es de un interes perpetuo, y por esta razon Jesucristo ligó la carrera de la predicacion y enseñanza con la carrera del tiempo, prometiendo su asistencia permanente al apostolado hasta la consumacion de los siglos.

Una de las mas imperiosas obligaciones de todos los que ejercen el ministerio sacerdotal, es pues el propagar esta doctrina, cada uno en su esfera, cada uno hasta donde se extiende su posibilidad, y todos con la eficacia de su mision y la autoridad de su ministerio. Para llenar este deber, hemos emprendido la exposicion de la doctrina católica despues de haber escrito algunas obras, cuya materia tiene relaciones tan íntimas con ella. Mas no hemos querido proceder á este trabajo sin anticipar algunas breves indicaciones preparatorias para nuestros lectores, dirigidas nada ménos que á despertar el interes general de este estudio, diciendo algo sobre los caracteres sublimes de la doctrina católica, sobre la necesidad que todos tienen de saberla y sobre la estrecha obligacion que los pastores tienen de enseñarla. Tal es el objeto de este trabajo anticipado. Estos puntos deben presentarse reunidos al frente de una obra doctrinal, porque se refieren á la doctrina cristiana en general; el primero, considerándola en sí misma; el segundo, considerándola en sus relaciones con los simples fieles, y el tercero, considerándola en sus relaciones con el sacerdocio. Los fieles siempre necesitan estímulo, los sacerdotes no recibirán mal un celoso recuerdo. A los primeros es indispensable inclinarlos al estudio de estas verdades, no solo haciéndoles admirar sus caracteres sublimes, sino tambien ligando íntimamente su posesion á sus mas caros intereses: á los segundos es mui conveniente hablarles de sus deberes sobre este punto, inculcarles la necesidad suma en que se hallan

de enseñar la doctrina de Jesucristo, hacerles ver cómo en esta parte su salvacion es inseparable de la salvacion de los fieles, y por último, decirles alguna cosa sobre el método mas á propósito para la enseñanza, predicacion y aplicacion de estas verdades divinas.

Ya hemos dicho que vamos á considerar la doctrina en sus caracteres propios y en sus relaciones con los fieles y el sacerdocio; mas no por esto harémos una gran division para subdividir despues, sino que contentándonos con la manifestacion de esta economía, expondrémos los tres puntos en una serie de capítulos. Idea, orígen, objeto, fin, caracteres, importancia, efectos individuales y sociales de la doctrina cristiana; obligacion que todos tienen de saberla y disposiciones con que los fieles deben asistir á su enseñanza; deberes que los pastores espirituales tienen de inculcarla, remocion de las excusas que algunos suelen oponer para eximirse en ciertos casos de esta obligacion, ampliacion de ella hasta la práctica de los medios para enseñarla con provecho, cualidades que debe tener el párroco para explicar y predicar la doctrina cristiana; carácter de las medidas con que los prelados pueden corregir la negligencia de los párrocos, medios que deben emplear estos para corregir la de sus feligreses; carácter que deben tener sus instrucciones para ser entendidas y obsequiadas, y por último, alta conveniencia de ceñirlas al texto de nuestro manual catecismo: tal será la marcha progresiva de nuestro pensamiento en la presente disertacion.

CAPITULO I.

IDEA GENERAL DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Doctrina quiere decir enseñanza, y esto basta para comprender que en la idea de la creacion está entrañada la idea de la doctrina. Todo ser que no es por sí mismo, todo ser que no es Dios, no tiene la verdad en su esencia, así como tampoco tiene el poder en su esencia. Luego la verdad le ha de ser comunicada; y como la comunicacion de la verdad es enseñanza de ella, por esto hemos dicho que en la idea de la creacion está entrañada la idea de la enseñanza. Cada uno de los que vienen á la vida, necesita pues de uno que,

habiéndole precedido en la carrera de la existencia, le enseñe lo que él ha aprendido á su turno. El padre enseña al hijo, el hombre al niño, el sabio al ignorante, y de esta suerte en la carrera de la existencia cada uno tiene su turno de aprendizaje y de enseñanza, porque cada uno nace ignorante y se instruye despues. Así es que, cuando Dios creó al hombre, le comunicó la verdad necesaria para que llenase sus destinos; y esta verdad primitiva, lo mismo que la bondad, debieron haber sido fielmente trasmitidas de padres á hijos juntamente con la inocencia. De esta suerte la verdad y la virtud habrian hecho su carrera sin obstáculos ni tropiezos por todas las generaciones; pero ellas murieron para el hombre desde el momento fatal en que el hombre murió para la gracia, en que cortó sus relaciones con el cielo, en que perdió su soberanía sobre la tierra. El pecado alteró esencialmente los destinos de la verdad en el mundo; porque ella fué perdiendo insensiblemente sus dominios entre los hombres, á medida que ellos se iban multiplicando. Las preciosas tradiciones del paraiso fueron perdiéndose poco á poco, y aunque dejaban algunos vestigios, eran ya tan pocos, tan interrumpidos, tan insuficientes, que puede decirse á la letra que la verdad lo mismo que la virtud entre los pueblos gentiles llegaron á desaparecer enteramente de la tierra. Tal era la condicion del hombre con respecto á la verdad ántes de Jesucristo; y aunque aquel se empeñaba siempre en buscarla y de hecho adquirió algunos conocimientos en el órden puramente natural, le faltaban casi todos en lo relativo á su orígen, á su fin y á toda la vida moral. El hombre moral necesitaba una resurreccion, porque habia muerto para la gracia, y por consiguiente la verdad habia menester á su turno una completa restauracion. La resurreccion del hombre moral se verificó por la muerte de Jesucristo, y por esto la Iglesia canta con tanta verdad como hermosura que Jesucristo, muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró nuestra vida.

No es de nuestro propósito hablar aquí de la necesidad de la redencion; pero sí dirémos que la verdad no podia volver á aparecer en el mundo sin una espléndida y nueva manifestacion de ella hecha por Dios á los hombres. Entre todas las naciones de la tierra que existieron ántes de Jesucristo, hubo un pueblo segregado de entre todas ellas para ser el depositario de esta revelacion: tal es el pueblo judío. Sus libros son el depósito de la verdad revelada: en ellos hai cinco cuyo conjunto se llama *Pentateuco*. En estos libros está revelada la verdad histórica, la verdad religiosa, la

lei divina: en los otros están contenidas las máximas de la sabiduría, la historia de ese mismo pueblo, las profecías del Redentor y todo lo concerniente á los destinos de la humanidad. Mas los otros pueblos, como no poseian estos libros, ignoraban la verdad; y esta ignorancia pasó con ellos hasta el tiempo de la plenitud, el tiempo en que Jesucristo, apareciendo en la tierra, predicaria las verdades eternas, las autorizaria con los milagros y los ejemplos de su vida y las sellaria finalmente con su sangre. Esta doctrina de Jesucristo es una doctrina de plenitud en todo sentido: plenitud histórica que muestra la realidad de las antiguas figuras, el cumplimiento de todas las promesas, el verificativo de todas las profecías: plenitud en la lei, pues que él mismo dijo que no habia venido á derogarla sino á cumplirla: plenitud en la religion porque nada quedó por hacer, nada quedó por instituir despues de Jescuristo: plenitud en la moral que contiene todas las reglas de todas las virtudes, todos los caminos para llegar á la mas alta santidad, todas las condiciones de la vida eterna. Esta doctrina encierra todos los dogmas, es decir, todas las verdades infalibles reveladas por Dios acerca de su naturaleza, acerca del hombre, acerca de las relaciones que unen al hombre con Dios: no hai una sola verdad esencial fuera de esta órbita, porque lo esencial para el hombre está en su principio, en sus medios y en su fin. Esta doctrina contiene al mismo tiempo todas las reglas de conducta figurando como otros tantos preceptos en cuya fiel observancia está vinculada la consecucion de nuestro último fin. Esta doctrina encierra tambien el código de nuestra intimidad con Dios, de nuestra comunicacion con el cielo mediante la oracion, y tambien lo que debemos saber y practicar para recibir la gracia que se nos comunica por medio de los sacramentos.

Las partes principales de la doctrina son por lo mismo cuatro: primera, la que contiene los dogmas ó verdades que debemos creer, que están contenidas en el símbolo de los apóstoles, llamado vulgarmente *Credo*, y que constituyen la basa ó cimientos de todo el edificio de la moral cristiana: segunda, la que contiene los preceptos á que está sujeta nuestra conducta, y en cuyo cumplimiento está cifrada la realizacion de nuestra esperanza de adquirir la felicidad eterna: la tercera contiene la oracion, ó sea el modo con que debemos elevar á Dios nuestra alma á fin de alcanzar su gracia indispensable para hacer el bien y librarnos del mal: la cuarta, que trata de los sacramentos instituidos por nuestro Señor Jesucristo para comunicarnos estas gracias. Estas cuatro

partes de la doctrina cristiana satisfacen á las cuatro necesidades mas imperiosas de la humanidad, que son: la verdad, la regla, la comunicacion con Dios y la adquisicion de su gracia. Tal es la idea de la doctrina cristiana. Veamos ahora su orígen.

CAPITULO II.

ORIGEN DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Toda esta doctrina fué revelada y predicada por nuestro Señor Jesucristo á los pueblos; y á fin de que el gran bien de su difusion no llegase á faltar nunca, instituyó el mismo Salvador del mundo en la tierra un magisterio divino que la comunicase, la explicase y la defendiese.

Cuando ya estaba próximo á subir á los cielos, llamó á sus apóstoles y les dijo: "A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra: Id pues, instruid á todas las naciones." Esta palabra deriva la enseñanza del poder sumo, infinito, que Jesucristo tiene sobre la verdad: poder que la comprende, poder que la hace comprender; poder que la difunde, poder que quiere salvar al mundo por ella. Este poder instituye la verdad en la tierra con la predicacion evangélica, la radica en la Iglesia que funda, la perpetúa en la sucesion continua del sacerdocio. Antes de Jesucristo la verdad revelada existia, como hemos dicho, depositada en un pueblo sin trascender al mundo; y en las otras naciones que no eran este pueblo, era profundamente ignorada. Antes de Jesucristo á nadie le habia ocurrido nunca, ni habria podido ocurrirle por cierto el dar á la verdad una institucion, el derivarla del poder, el comunicarla por un ministerio, el sancionarla con una eternidad. Pero Jesucristo, al comunicar á sus apóstoles aquella mision, les dejó al mundo entero para que le recorriesen, á las creaturas todas para que les escuchasen, las llaves del cielo para que diesen eficacia á su predicacion. "Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda creatura: el que creyere se salvará; el que no creyere se condenará," [1] dijo. Prometió mandar su espíritu á la tierra, despues de haber subido á los cielos. Los apóstoles quedaron poseedores del lato poder que se les habia comunicado sobre la verdad, y solo esperaban al Espíritu Divino para repartirse el mundo

1 Marc. cap. XVI, VV. 15 y 16.

con su celo. Cincuenta dias despues de la Ascension descendió este Espíritu Divino, posó sobre los apóstoles, les comunicó sus dones y les otorgó cuanto les era preciso para llenar las augustas funciones del apostolado. Y desde entónces estos ministros, hombres ignorados, sin riquezas, sin escuela, sin influjo, sin poder, sin fama y aun vistos como despreciables é ignorantes, se apoderan de la palabra que los instituye apóstoles, dan principio á la grande obra, despliegan sus labios delante de las turbas, y de todas las naciones, porque de todas se hacian entender á un mismo tiempo, recogieron las abundantísimas primicias de una numerosa conversion, que fué, digámoslo así, como la sublime profecía de la conversion del mundo.

Esta predicacion santa que hicieron los apóstoles en el principio del cristianismo, es la misma que hacen hoi todos los ministros de la palabra evangélica. Esta predicacion ha recorrido el mundo, ha convertido naciones enteras, ha trasformado completamente el inmenso cuadro de la humanidad. Las conquistas de esta palabra de Dios son los ilustres hechos que ha venido narrando en la serie de los siglos toda la historia de la Iglesia. Esta doctrina ha derramado un esplendor tan vivo sobre la inteligencia, que las primeras antorchas del saber humano son el reflejo vivísimo de la luz de la fe. Los Doctores de la Iglesia, sus sabios de primer órden, han oscurecido á cuanto tenia de mas brillante la ilustre antigüedad. Esta doctrina, cuyo primer objeto es abrir á los hombres las puertas del cielo, ha sido tambien el grande elemento de restauracion que han tenido las ciencias en la tierra. Su legislacion mas perfecta es la que mas se acerca á los preceptos divinos: su política mejor es la que mejor observa los principios trazados por la misma verdad á las relaciones que unen á los individuos y á los pueblos. Esta doctrina no es una mera especulacion; tiende á la práctica y sus preciosos frutos están reservados, como Jesucristo decia, para los que oyen y guardan la palabra de Dios. [1]

Tal es el orígen de la doctrina cristiana. Es doctrina, porque es enseñanza, porque se trasmite por el ministerio católico, porque se comunica, no por el raciocinio al convencimiento, sino por la autoridad á la creencia; es cristiana, porque es de Jesucristo, porque Jesucristo la enseñó, porque Jesucristo le dió una institucion en la tierra, dejándola en su Iglesia como un depósito de verdad en favor de los hombres, porque le dió un ministerio que la difundiese, y la sancionó

1 Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. cap. II, V. 28.

con un decreto de salvacion para los que creyesen, y de condenacion para los que no creyesen. Véase pues cómo esta doctrina tiene un orígen divino, pues viene del mismo Dios; orígen que establece sus primeros títulos, su augusto rango y la primera de todas sus excelencias.

CAPITULO III.

OBJETO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Si del orígen de la doctrina cristiana pasamos á considerar su objeto, no podemos ménos de admirar los designios de Dios para con los hombres al traerles la revelacion de su verdad. La doctrina cristiana tiene un objeto grandioso, tiene por objeto la verdad, es decir, el conocimiento de las cosas como son en sí mismas, tratándose del órden especulativo; la manifestacion de las cosas como deben ser, tratándose del órden práctico. Esta doble manifestacion es un objeto tan grandioso, tan elevado en sí, que nada puede apetecer el hombre en sus mas nobles aspiraciones. La verdad es lo que es, como ha dicho profundamente San Agustin; la justicia es lo que debe ser. Sin la manifestacion de lo que es, el mundo intelectual volveria necesariamente al caos y el mundo moral entraria en un desórden inevitable. Viceversa, cuando hai un conocimiento de las cosas como son, este conocimiento es una luz que guia los pasos del hombre por los senderos de la vida, dejando al cargo de su libertad el ser feliz ó desgraciado. El conocimiento de lo que debe ser, es el conocimiento de la justicia en su esencia; porque lo que debe ser es el precepto, es la obligacion, es la condicion precisa de la perfeccion moral. Este doble conocimiento no podia ser una conquista de solo el hombre: el entendimiento puede columbrar algunas verdades, puede cerciorarse de algunos hechos, puede formarse alguna regla; pero si no cuenta con recursos sobrenaturales, si no cuenta con la fe y la lei divina, se extraviará á los primeros pasos de su carrera, perderá la brújula que debia señalarle el rumbo en el océano de la vida moral y social; no será dueño de tener una conciencia recta, no hará por cierto la con-

quista de la verdadera virtud. He aquí porqué, revelándonos Jesucristo la verdad y la lei, tuvo el designio de hacernos sabios y justos. Designio que supone lo infinito en la sabiduría y en el amor, porque tiende nada ménos que á la regeneracion completa de toda la humanidad.

CAPITULO IV.

FIN DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Pero si es tan sublime por su objeto la doctrina de Jesucristo, no lo es ménos por el gran fin de la revelacion. El fin de la doctrina se identifica de tal suerte con el del hombre, que nadie puede salvarse fuera de ella, nadie sin ella puede lisonjearse de poseer la verdad esencial, la regla infalible, y por consiguiente llevar sus pasos por los senderos de la felicidad. El hombre fué creado á imágen y semejanza de Dios, porque fué hecho para Dios, siendo claro que la excelencia de su naturaleza entraña la excelencia misma de su fin. El hombre nace y vive en el tiempo; mora en la tierra; pero su destino está fuera de los límites del espacio y del cómputo del tiempo, su destino está fijo en la eternidad. Nace para morir en el órden puramente temporal; pero muere para vivir en el eterno. El hombre ha sido creado para Dios, Dios es su fin. Suma verdad, es el único que puede satisfacer las aspiraciones de la inteligencia; sumo bien, es el único que puede llenar el inmenso vacío del corazon. Mas para que el hombre disfrute despues de su vida esta doble plenitud de verdad y de bien, en lo cual consiste la bienaventuranza, es necesario que se inicie en la tierra en esa verdad infalible, en ese bien sumo; y esta iniciacion se verifica en el tiempo por la fe y por la justicia. La fe es un conocimiento sobrenatural de las cosas que Dios nos ha revelado acerca de sí y acerca de nosotros: la justicia es el cumplimiento de la lei divina en todas sus partes. Pero ¿cómo llegarémos á la fe sin la predicacion de ella? imposible; y por esto el Apóstol decia que la fe entra por el oido con la palabra de Jesucristo.[1] ¿Cómo poseerémos la justicia sin una lei divina que nos trace los caminos del bien? imposible; por eso el mismo Apóstol cifraba en la lei el gran criterio de

1 Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi. Rom. cap. X, ℣ 17.

la justicia y del pecado.[1] Luego nuestro fin último exige imperiosamente una y otra cosa; y como tal es, segun dijimos, el objeto de la doctrina cristiana, es claro clarísimo que su fin es la salud eterna de los hombres. He aquí porqué nuestro Señor Jesucristo al establecer la mision del predicador evangélico, vino á colocar en la bienaventuranza del hombre los resultados precisos de su palabra creida y observada; porque tanto así quiere decir que "el que creyere se salvará, y el que no creyere se condenará."[2] ¿Puede darse un bien mas excelso, un destino mas glorioso? No sin duda: pues tal es la excelencia de la doctrina cristiana, considerado su fin.

CAPITULO V.

CARACTERES DE EXCELENCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

No nos detendrémos mucho en tratar de las excelencias de la doctrina cristiana, porque basta saber que ella encierra la verdad en toda su plenitud acerca de los sublimes objetos que pueden caer bajo la mirada de la inteligencia, para conocer todo lo que aventaja por sí á todas las producciones del espíritu humano. Sus revelaciones enseñan lo que este nunca hubiera podido por sí mismo descubrir, y perfeccionan aun aquello que suele ser obra del simple raciocinio. Sus misterios son de tal carácter, que aun en medio de su oscuridad natural derraman una luz excelsa sobre el alma. Su economía reduce á la unidad mas perfecta toda la diversidad de los objetos parciales que la revelacion nos da á conocer. Sus reglas tienden á dar al hombre, no esa simple honradez humana que respeta el mundo, sino la virtud verdadera, la santidad, que es el último toque de la semejanza del hombre con Dios. Tiende á la práctica, pues las ilustraciones que suministra á la inteligencia, van encaminadas todas al gobierno de la conducta. Los resultados de su conocimiento y observancia están cifrados, como acabamos de decir, en la vista y goce eterno del mismo Dios. Pero si en alguna cosa muestra la doctrina cristiana su absoluta soberanía, es en la universalidad de su inteligencia y en la infalibilidad de su carácter.

La doctrina cristiana es todo para todos: el sabio, el igno-

1 Peccatum non cognovi nisi per legem. Rom. cap. VII, ℣. 7.
2 Marc. cap. XVI, ℣. 16.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

rante, el hombre maduro, el niño; todos participan de ella sin que sea necesario, para poseerla en cuanto basta para conseguir el último fin, pertenecer al cortísimo número de los grandes talentos y de los esclarecidos filósofos. Recorriendo toda la extension del mundo católico, todas las clases diversas en que los fieles se hallan distribuidos, admiramos la universalidad suma de esta doctrina celestial que, semejante á la luz, todo lo penetra, todo lo descubre, todo lo recorre. Las mas grandes ideas, los misterios mas elevados, las reglas mas sábias é infalibles, no son el privilegio de unos cuantos, sino la posesion de todos. En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes y tambien tener á la vista los talentos y aptitudes de sus maestros, para venir y no sin mucho trabajo, á conjeturar mui remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Mas no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo; las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del orador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran como unas condiciones indispensables, ó como basas primeras del edificio de la sabiduría. El pueblo fiel, cuando ve al sacerdote que despliega sus labios para enseñarle esta doctrina, no ha menester de preguntar si tiene grandes talentos, gran saber, grande erudicion; sino de inquirir si tiene la mision de la enseñanza católica, si ha recibido de Jesucristo la noble y augusta mision de evangelizar á los pueblos.

Esto basta al pueblo para descansar en la verdad: los caminos que esta recorre, para llegar á la inteligencia, no son los de la lógica, sino los de la autoridad; y he aquí porqué las conquistas de la palabra evangélica tienen por teatro el universo entero, por apoyo el poder, y por duracion los siglos.

¿Cómo explicar este universal acuerdo en la unánime confesion de las primeras verdades? ¿Porqué una adhesion tan firme y sostenida, cuando los mas ingeniosos raciocinios no bastan de ordinario á extender y propagar en el convencimiento público las opiniones mas célebres de los primeros sabios? ¿De dónde tanta luz á entendimientos tan groseros, que jamas han pensado ni aun en los principios mas comunes del arte de raciocinar? Confesémoslo francamente: estas verdades no tardarian mucho en ser oscurecidas, si toda su luz consistiese únicamente en los débiles destellos de la razon humana. Dios pues, que no ha querido fiar la suerte de los pueblos á los caprichos del talento, ha propagado los verdaderos principios de la conducta como una expresion genuina de sus designios y de su sabiduría. Los pueblos reconocen fácilmente el orígen de esos principios, y con solo esto se abandonan tranquilos á las suaves inspiraciones de la razon divina. Los adoptan como infalibles á causa de su orígen, y por esto se conservan inalterables ciertas verdades pertenecientes al órden moral.

Si la doctrina cualquiera que sea, se aisla totalmente de Dios, debe considerarse propuesta como un parto exclusivo de la razon humana y como los caracteres distintivos de esta son la limitacion y la falibilidad, no debe aspirar nunca á que se tengan como infalibles los sistemas que propone: pues para esto seria necesario suponer que el efecto pudiese contener en sí mismo lo que la causa no contiene: hipótesis imposible, pues importa nada ménos que una contradiccion en los términos.

Por otra parte, la infalibilidad puede alterarse, no solo por lo que sean los principios en sí mismos, sino porque estos no tengan el poder necesario para contener los avances de aquellos á quienes se les proponen. Basta en efecto que un individuo proponga una doctrina como parto exclusivamente suyo, para despertar contra sus propias ideas, bien ó mal deducidas, el orgullo del talento y la fuerza de la discusion. Desde que una doctrina es falible, toma el carácter de problemática, puede ser verdadera ó falsa, ser consagrada en el respeto de los sabios, ó entregada ignominiosamente al desprecio del vulgo: podrá prevalecer algun tiempo; llegará tal vez á reunir los aplausos de un pueblo entusiasta; pero, destituida de infalibilidad, no tardará mucho tiempo en quedar sumergida bajo las ruinas de su propio trono. ¿Faltó la infalibilidad? faltaron pues á un tiempo todos los apoyos, todas las garantías y todas las esperanzas.

Concluyamos: una doctrina que viene inmediatamente de Dios, cuyo objeto es la verdad en su esencia, cuyo fin la salvacion de los hombres, cuyos caracteres la sublimidad, la unidad, la santidad y la universalidad, y cuyas garantías la infalibilidad absoluta de la palabra que la revela, reune todos los caracteres de la mas alta perfeccion, y por lo mismo todas las excelencias.